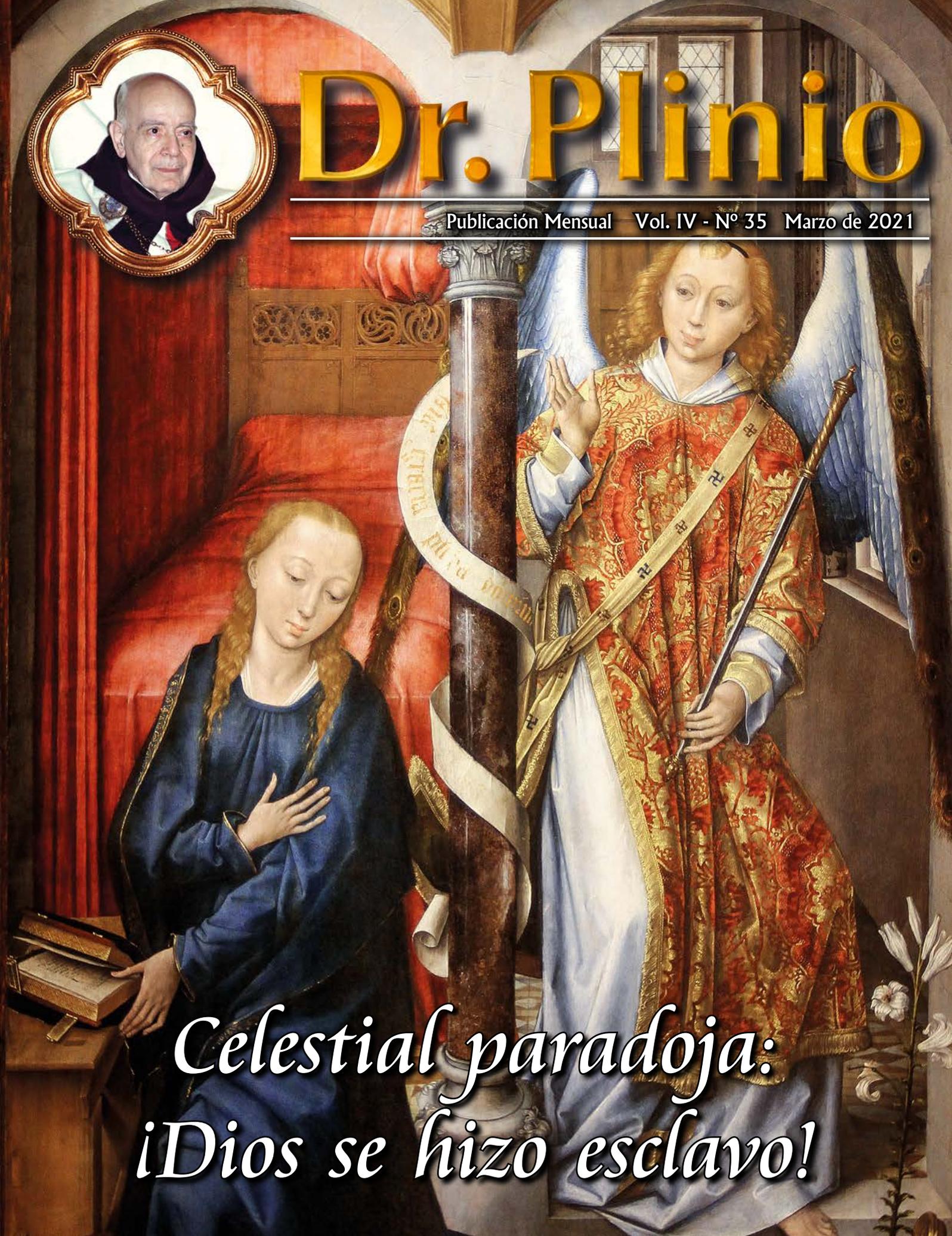




Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. IV - Nº 35 Marzo de 2021



*Celestial paradoja:
¡Dios se hizo esclavo!*

Extraordinaria fuerza de alma



Flávio Lourenço

San Juan de Dios fue fundador de una Orden religiosa famosa, y se volvió uno de los hombres más conocidos de su tiempo.

Toda su fisonomía es marcada por la mirada. Los rasgos son comunes, regulares, no dicen nada especial. El bigote, muy fino, delgadito, ciertamente hacía parte de las costumbres del tiempo; y la barba corta, cubriendo casi todo el rostro. Globo ocular bien hecho, con cierta profundidad, pero nada extraordinario. Nariz, cejas, frente y musculatura, comunes. Sin embargo, todo sale de lo banal por causa de esos ojos oscuros y profundos.

Mirada pensativa y analítica, al mismo tiempo de un místico

y teólogo, pensando en algo muy elevado que lo toma por entero. Una fuerza de alma verdaderamente extraordinaria.

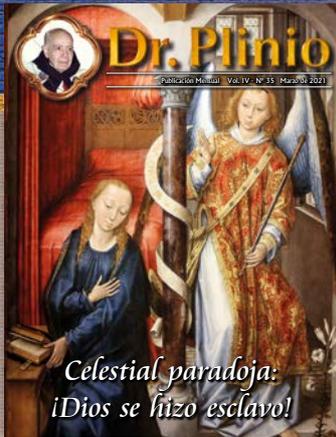
Cuando consideramos un semblante como este, debemos compararlo con las fisonomías que encontramos en las calles. ¡Cuántas caras comunes existen por las vías públicas! Pero esta mirada, ¿dónde la encontraremos?

Así comprendemos el trabajo de la gracia, tomando un hombre que probablemente fue común, volviéndolo una gran alma y haciendo, a través de él, una gran obra.

(Extraído de conferencia de 17/01/1986)

Sumario

Vol. IV - No. 35 Marzo de 2021



Anunciación del Ángel a Nuestra Señora. Museo de Bellas Artes, Dijon, Francia.

Foto: Flávio Lourenço.

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Carlos Augusto G. Picanço
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

EDITORIAL

4 *Lección de humildad*

PIEDAD PLINIANA

5 *“¡Hágase vuestra voluntad!”*

DOÑA LUCILIA

6 *Elevación de alma y bondad*

DE MARIA NUNQUAM SATIS

10 *Encarnación del Verbo: el misterio de la Contra-Revolución*

EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE DR. PLINIO

12 *Espíritu metafísico y espíritu sobrenatural – II*

PERSPECTIVA PLINIANA DE LA HISTORIA

16 *Consideraciones sobre el Brasil Imperio - I*

SANTORAL

24 *Santos de Marzo*

HAGIOGRAFÍA

26 *San Teófanes y los peculiares esplendores de la Iglesia en Oriente*

APÓSTOL DEL PULCHRUM

30 *Símbolo de la santidad, majestad y fuerza – II*

ÚLTIMA PÁGINA

36 *Consorte del Trono de la Sabiduría y padre del León de Judá*



Lección de humildad

La anunciación del Ángel San Gabriel a Nuestra Señora es una de las mayores fiestas de la Santísima Virgen.

Tiene un significado especial pues es la fiesta en que se realiza, con la Encarnación del Verbo, ese misterio insondable de Nuestro Señor Jesucristo que se coloca en una dependencia tan completa de Nuestra Señora que, como dice San Luis María Grignon de Montfort, Él se hace esclavo de Ella.

Realmente, el Dios omnipotente, infinito, se enclaustró en el seno purísimo de una Virgen. Durante ese tiempo, el Creador de todo el universo quedó en relación con María Santísima en la mayor dependencia que alguien pueda estar hacia otra persona.

Si tomamos en consideración que desde el primer instante de su concepción el Verbo de Dios humanado fue enteramente consciente, comprenderemos lo que significa su presencia en Ella: una intimidad inefable al lado de una dependencia completa. Por otro lado, podemos imaginar también el cuidado, la veneración, la ternura sin fin de la Virgen de las vírgenes teniendo en sí a este celestial y divino Prisionero.

Aquel que es mayor que todo el universo fue enclaustrado en el seno maternal de Nuestra Señora. Qué paradoja celestial, qué grandeza en esta paradoja y qué inmensa lección de humildad nos da Nuestro Señor Jesucristo al entrar en esta vida, oscuro, apagado, sin pretensiones, ignorado por los hombres, reducido al menor estado en que una criatura pueda estar, pero adorado por los Ángeles que no tenían palabras para expresar su amor y entusiasmo por lo que veían, y, mucho más de que por los Ángeles, adorado por su Madre Santísima que, siendo criatura humana, entretanto – otra paradoja – en el orden sobrenatural, valía incomparablemente más que todos los ángeles reunidos.

Entonces ¿qué debemos hacer en el día de la Anunciación? Yo creo que esta fecha puede ser considerada el día especial de aquellos que se consagraron a Nuestra Señora como esclavos. Es el día propicio para imitar a nuestro Divino Salvador y pedir a la Madre de Dios que haga con nosotros, misericordiosamente, lo que Ella hizo con su Divino Hijo: que nos abarque, nos envuelva, nos una, nos encadene a Ella y haga con que tengamos, con relación a Ella, la dependencia perfecta y omnimoda como la que Nuestro Señor tuvo.

Para aquellos de nosotros que hayan hecho la consagración a María como esclavos, es el día adecuado para renovarla. De esta manera, nos entregamos a la Santísima Virgen del modo incondicional y absoluto con que a Ella se entregó Nuestro Señor Jesucristo.*

* Extractos de conferencia de 24/3/1969



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*



Francisco Barros

Madre del Buen Consejo – Capilla de Nuestra Señora de la Buena Ayuda, Montreal, Canadá

“¡Hágase vuestra voluntad!”

Oh, Madre del Buen Consejo, tened compasión de mí en los desaciertos y en las perplejidades en que mi alma culpada se encuentra. En medio de todas mis miserias, vuestra gracia me da la convicción de que es mejor cualquier padecimiento a continuar como estoy. Por lo tanto, si la condición para dejar el estado infeliz en el que me encuentro es que Vos me hagáis sufrir, os pido la fuerza para soportar el sufrimiento que me enviéis. De rodillas y manos juntas, con toda mi alma, oh, Madre mía, os pido el sufrimiento necesario para que yo sea totalmente vuestro.

Sin embargo, si fuese posible unirme enteramente a Vos sin ese sufrimiento, os suplico que apartéis de mí ese cáliz. Pero, a ejemplo de vuestro Divino Hijo, os digo: ¡Hágase vuestra voluntad y no la mía! Vuestra voluntad, Madre de misericordia, pues Vos sois el canal necesario, por designio de Dios, para que subamos hacia Él y para que las gracias vengan hasta nosotros.

Madre del Buen Consejo, os pido una vez más, itened piedad de mí!



Elevación de alma y bondad

La Revolución insinúa que existe un conflicto entre elevación y grandeza, de un lado, y bondad y amabilidad, de otro lado. Doña Lucilia desmentía ese error con su presencia. De lo alto de su espíritu bajaban, como caídas de agua limpiísimas y discretas, olas de dulzura, bondad y ternura sobre las personas que se aproximaban a ella. Pero, ¡con cuánta elevación y dignidad!

En el alma de todo revolucionario existe un horror – que yo no dudaría en calificar de ateo – a una dimensión de las cosas, a cierta profundidad, cierta elevación de vistas que ve todo con una grandeza fenomenal, relacionada con una porción invisible y más grande, tan grande que llega hasta los pies de Dios.

La Revolución detesta contemplar las cosas por su lado más elevado

La Revolución acusa a ese estado de espíritu de engendrar la guerra santa, el fanatismo, no la bondad. De engendrar entusiasmo, no el bienestar. Las grandes elevaciones de espíritu conducen a alturas que el espíritu no fue hecho para habitar. Y, por lo tanto, a lo máximo se debe revolotear por allá un poco y después volver a las planicies de lo cotidiano. En otros términos, es necesario vivir la vida a pie o montado en un burro, como Sancho Panza, en vez de vivir montado a caballo, como Don Quijote.

La Revolución insinúa que hay un conflicto entre esos dos estados de es-

píritu, entre dos perfecciones: la elevación y la grandeza, que se expresan en una seriedad extraordinaria, de un lado, y de otro la bondad y la amabilidad.

Habiendo leído una que otra descripción de esos vuelos en que un astronauta sale de la órbita de la Tierra y entra en una especie de noche que existe entre varios astros, y ve todo modificarse, noto que hacen una descripción de carácter estrictamente científico, sin darse cuenta de la seriedad que aquello tiene, que envuelve al hombre.

Cuando un astronauta sale de la atracción de la gravedad de la Tierra y comienza a dejarse atraer por otros planetas, eso tiene una seriedad inmensa. Él es llamado a vías que no son las comunes del hombre y a órbitas que no son las suyas. Él constituye una excepción en el orden del universo y es puesto como un espectáculo para los ángeles y para los hombres.

El hombre moderno detesta contemplar las cosas bajo ese prisma. Él quiere ver en el viaje astronáutico el mero recorrido de una mercadería. Mandan un cohete a la Luna, adentro está un hombre que aprieta unos





botoncitos y complementa a la máquina. ¿Ese hombre llega o no llega? ¿Trae o no trae muestras a la Tierra? Y se acabó.

Lo grandioso de ese viaje interestaral formidable, que nunca nadie hizo hasta entonces, la grandeza del hombre que se extrapola de la regla y queda en un zenit a lo largo de los siglos, como siendo el único que se posó en la Luna – ¡una cosa fenomenal! –, eso las personas no lo quieren percibir. Son ajenos de grandezas.

Grandeza sin intersticios de mediocridad

Los revolucionarios quieren afirmar que ese tipo de alma no tiene bondad, dulzura, amenidad, ni misericordia y, por lo tanto, cerca de una persona así uno se encanta sin distenderse. Y como no se puede vivir tenso, es necesario tomar vacaciones de la grandeza.

Si analizamos los más diversos ambientes contemporáneos, encontraremos, tal vez con raras excepciones, el choque entre la grandeza de alma a la cual nos convidan los panoramas de la Fe y lo modesto de un pe-

queño arreglo doméstico, de una pequeña situación por resolver: la criada que entró, el empleo que el padre tiene o no tiene, todas esas cosas que van a entrar en la primera línea de la preocupación. Y el hombre es llevado, por los hábitos mentales recibidos desde muy temprano, a esperar precisamente que le sea dado un intervalo entre grandeza y grandeza, en el marco de la mediocridad. Esos son los momentos de intersticio dentro de la vida de entusiasmo y de grandeza.

Esa especie de tentación de los hiatos de grandeza encontraba en el alma de mi madre el desmentido más completo. Porque si había una cosa que la caracterizaba, era justamente esa grandeza que ella ponía en las cosas más pequeñas.

Doña Lucilia era una persona a quien, si le fuese dada una rosa, podía quedarse horas contemplando esa flor y haciendo comentarios. Y comentarios que tenían esto de característico: descendían a lo más menudo de la vida y tomaban los pormenores más minúsculos para analizarlos. No obstante, cuando se veía con qué espíritu estaba siendo analizado aquello, se percibía



que tocaba en lo alto. Todo le interesaba a ella en la medida en que ciertos pensamientos altos, que nunca abandonaba, estaban presentes en ella.

Debo decir que, aunque un hombre no se deba comparar en nada a una flor – puede compararse a un fruto o a un árbol, más que a una flor –, sin embargo, era así como yo me sentía tratado por ella en mi infancia. La vinculación profunda de alma entre ella y yo tenía su razón de ser más profunda en este punto de encanto mío por ella, desde pequeño.

“Luciliotropismo”

Yo notaba que mi madre me trataba, siendo muy pequeñito, bajo cierto punto de vista, como un jugueti-



Archivo Revista

co. Ella encontraba gracia en mi fragilidad, en mi insipiente, en fin, en mi estado de principiante en todo. Pero yo notaba que en eso entraba una especie de cariño contemplativo que iba hasta las más altas regiones y – vean la paradoja del lenguaje – las más altas profundidades de su alma. Y aquel cariño, lleno de un pensamiento enteramente superior, me envolvía todo: “Este es mi hijo. De él tengo razón para esperar que sea de tal manera, de tal otra... Voy a jugar con él envolviéndolo con mi afecto, protegiéndolo y procurando en él los síntomas precursores de mi esperanza. De mi esperanza, ¿qué se podrá realizar?” Yo me sentía estimulado por esa indagación esperanzadora, como quien decía con afecto: “Hijo mío, ¿tú serás aquello que yo tengo en el fondo de mi alma?”

Así como existe el heliotropismo, por el cual la planta procura el sol, así también, por una especie de “Luciliotropismo”, yo era tendiente a volverme hacia ella. Cuando mi madre me hacía las cosas más pequeñas, como, por ejemplo, ayudarme a pasar de mi cama de niño de dos o tres años a la de ella, sonriendo, jugando, iyo percibía que algo mucho más alto me envolvía y que un día comprendería la dulzura de las altas cumbres, la distensión y la suavidad de los altos ideales, y cómo aquello, que era majestuoso, era dulce y atractivo!

Eso lo aprendí de ella de tal manera, que lo contemplé en ella hasta el fin de su vida y tuve con ella el trato lleno de veneración que correspondía a un alma como la suya. Mi madre merecía mi respeto y yo apreciaba esa circunstancia. Pero no era solo eso. Ella era de esa manera y tenía en su alma esa grandeza; por esa razón, yo sentía que todas esas cualidades suyas caían sobre mí, me circundaban y penetraban en mí por una ósmosis a la cual yo le abría todos mis poros.

En lo alto de las serranías se encuentra la paz

Más de una vez bajé con ella a Santos, en tren, en un período en que casi no se hacía ese viaje en automóvil. Es un lindo camino, que pasa por sierras con solanáceas floridas y donde se ve el agua correr abundante desde lo alto de los peñascos, y escurrir hasta los valles que circundan todo aquello, en medio del verde de una selva donde los pies humanos nunca se posaron, y están como los veía el Padre José de Anchieta¹.

¡Cuántas veces acompañé la mirada de Doña Lucilia que contemplaba ese panorama! Ella bajaba el vidrio de la ventana, reclinaba la frente sobre el brazo y se quedaba viendo toda aquella naturaleza...

Confieso que yo la veía mucho más a ella, que al panorama. Discretamente, para que no notase, porque a ella no le gustaría... Pero son los contrabandos que un hijo puede hacer.

Yo veía todo eso y pensaba: “Esto tiene una analogía cualquiera con ella, que algún día explicitaré...” Ahora estoy explicitando. De lo alto de su espíritu bajaban olas de dulzura, de bondad y de ternura, como caídas de agua limpiísimas, discretas – no es la Cascada Paulo Afonso con aquel ruido –, y venían suave y dulcemente, como todo lo que bajaba de ella sobre nosotros. Pero, ¡cuánta elevación, cuánta altura, cuánta dignidad!

Si queremos encontrar la paz, la dulzura, el afecto del cual, por algunos lados, a justo título, nuestra alma está sedienta, seamos los hombres que comprenden que eso solo se encuentra en lo alto de las serranías. Y cada vez que, arrastrados por la influencia subconsciente del espíritu moderno, procuramos lo cotidiano sin sus grandezas y sin su belleza, de hecho, estamos alejando con la mano esa cosa colosal, pues todas las suavidades e invitaciones para la dulzura del *Quadrinho*² no van de la

¡Cuántas veces acompañé la mirada de Doña Lucilia que contemplaba ese panorama! Ella bajaba el vidrio de la ventana, reclinaba la frente sobre el brazo y se quedaba viendo toda aquella naturaleza...

Confieso que yo la veía mucho más a ella, que al panorama. Yo veía todo eso y pensaba: “Esto tiene una analogía cualquiera con ella, que algún día explicitaré...”



Archivo Revista

Divulgación (CC2.0)

mano con quien tiene el alma puesta en esas cosas revolucionarias.

Subir las vías escarpadas de la grandeza

Por el contrario, haciéndome mi madre sentir, de esas altas cumbres, la bondad, la dulzura, el bienestar de la convivencia con ella, tuve una idea experimental, viva, de lo que son esas cualidades, como no conozco que haya habido igual. Es decir, quien busca lo muy alto, muy majestuoso, muy grandioso, aquel que camina con paso resuelto hasta dentro de lo trágico, y que es sediento de lo trágico porque sabe que esa es la escalinata que lleva hasta las cumbres – el *Viacrucis* es el único que conduce hasta lo alto del Calvario –, ese encuen-

tra las cosas que busca. El otro es desviado por el espíritu moderno.

En la hora en que todo convida a la falta de seriedad, al relajamiento, a lo meramente florido, ornamental y ‘gustosito’, nosotros debemos estar de pie, con toda nuestra estatura, contra la tentación de la trivialidad y apartarla con el pie, diciendo: “Futuro, con los pies puestos sobre los escombros de esta banalidad blasfema, yo te llamo. ¡Ven, oh futuro!”

Id resueltamente escalando las vías escarpadas de la grandeza. A lo largo de esas vías encontraréis no solo la protección de quien con una real grandeza tuvo tanta bondad, sino de Aquella que, incomparablemente superior a todas las criaturas, es al mismo tiempo la Reina majestuosa del universo, que

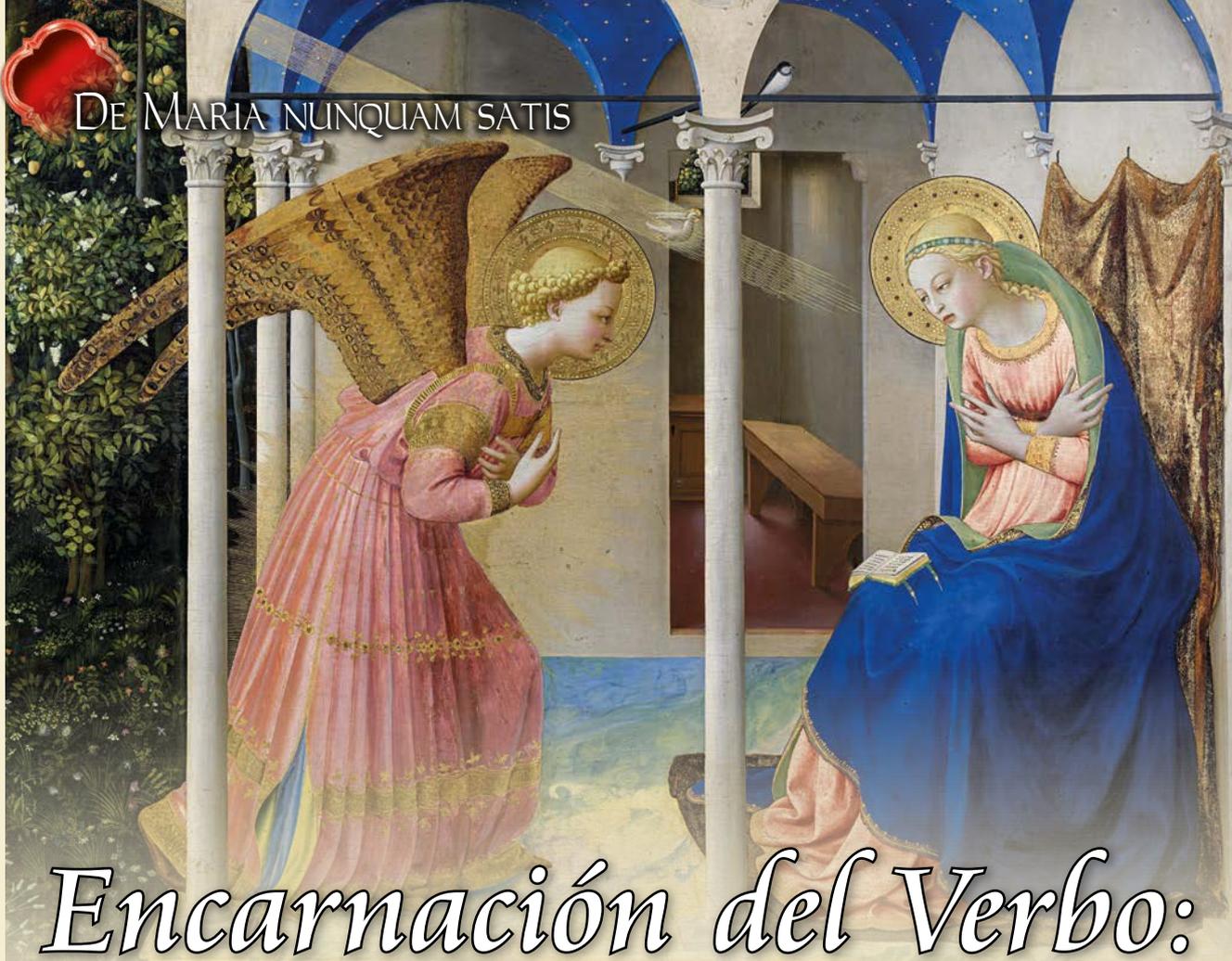
pisa la serpiente para siempre jamás. Ella es la Inmaculada Concepción, de quien decimos: “¡Vida, dulzura y esperanza nuestra, salve, oh Reina!”

¡Subid, no os dejéis atraer por el señuelo de lo cotidiano, evitad lo banal y amad la grandeza, y me habréis dado aquello que más deseo de vosotros! ❖

(Extraído de conferencia de 12/12/1982)

- 1) N. del T.: Sacerdote jesuita español misionero en Brasil, fue uno de los fundadores de la ciudad de São Paulo (*1534 - †1597).
- 2) Cuadro al óleo que le agradó mucho al Dr. Plinio, pintado por uno de sus discípulos con base en las últimas fotografías de Doña Lucilia.

DE MARIA NUNQUAM SATIS



Encarnación del Verbo: el misterio de la Contra-Revolución

La fiesta de la Anunciación del Ángel a Nuestra Señora nos invita a admirar esta sublime paradoja: en el momento en que la Virgen Santísima afirmaba ser la sierva del Señor, el propio Dios quiso hacer un supremo acto de servicio, de dependencia y de esclavitud con relación a Ella. Ahí encontramos la perfección del espíritu de la Contra-Revolución.

En su *Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen*¹, San Luis Grignion de Monfort tiene el siguiente pensamiento, refiriéndose a las prácticas que los verdaderos devotos de la Santísima Virgen María deben practicar:

Profesarán devoción singular al gran misterio de la Encarnación del Verbo, el 25 de marzo, que es el misterio propio de esta devoción, ...

Es decir, de la sagrada esclavitud.

... que ha sido inspirada por el Espíritu Santo:

1.º Para honrar e imitar la dependencia inefable que dios Hijo ha querido tener respecto de María, para la gloria de Dios su Padre y para nuestra salvación, la cual dependencia se muestra particularmente en este misterio en que Jesús aparece cautivo y esclavo en el seno de María Santísima, en donde depende totalmente de Ella para todas las cosas.

2.º Para dar gracias a Dios por los favores incomparables que ha concedi-

do a María y particularmente de haberla escogido como su dignísima Madre, elección que ha sido hecha en este misterio. Tales son los dos principales fines de la esclavitud de Jesús en María.

Un grado de sometimiento inimaginable

Este pensamiento muy profundo es que Nuestro Señor, viviendo en María durante el tiempo de su Encarnación, estuvo en una incomparable dependen-

cia de Ella, pues estando enteramente lúcido, sin embargo, quedó completamente dependiente, como un niño en el seno materno depende de su madre.

Es el mayor estado de sumisión que se pueda imaginar. Un niño fuera del vientre materno tiene una vida propia, libertad de movimientos, en fin, todo un dinamismo propio, y a la vez, es ayudado por la madre. Pero no vive, propiamente, de la vida de la madre. Al contrario, la criatura que está en el seno materno vive de la vida de la madre; en todo es conducida y, por así decir, limitada por ella.

La sumisión, es un estado bastante semejante al de la esclavitud, porque el esclavo pierde completamente su libertad para quedar enteramente sujeto a la voluntad de un amo. Su vida, sus actos son para el servicio de su señor, sus pensamientos tienden a él. Así era Nuestro Señor con relación a Nuestra Señora.

¡Él que, siendo infinito, creó el universo y a quien el Cielo y la Tierra no pueden contener, fue enclaustrado en las entrañas indeciblemente gloriosas de la Santísima Virgen y tuvo hacia Ella un grado de sometimiento inimaginable!

En respuesta al “Non serviam” de Lucifer, el “Amén” del Hijo de Dios

Por tanto, quien quiera ser verdadero esclavo de Nuestra Señora debe venerar de modo muy especial esa milagrosa e insondable sumisión de Jesús a María, por la que, siendo infinitamente mayor, se dejó dominar y enclaustrar por la que es menor, en la realización de un plan divino, cuya sabiduría excede a cualquier imaginación humana.

Por otro lado, este es el misterio de la Contra-Revolución, porque si la Revolución es un gran “*Non serviam*”², el más alto grado de enajenación – practicado por el Hijo de Dios en María Santísima – es el misterio que más destruye la psicología, la mentalidad y los falsos ideales de la Revolución. En lu-

gar del “*Non serviam*” está el “Amén”. Lucifer gritó: “No serviré”; Nuestro Señor dijo: “Así sea” a todo lo que Nuestra Señora quiso.

Exactamente eso le da una constrictión especial al hombre de espíritu revolucionario, diabólico. No es sólo ver a Dios servido por su criatura y, por tanto, ver que allí se respeta el orden, sino que es el mismo Creador queriendo obedecer a su criatura y que esta manda en Él. Es llevar la obediencia a un grado que, si no supiéramos por la Revelación la existencia de la Encarnación, nunca podríamos imaginar que esa virtud llegaría a tal extremo.

Esto dio tanta gloria a Dios, al punto que en aquello que abusivamente podríamos llamar su Historia – porque Dios es infinito y no tiene Historia – Él quiso que figurara este acto de obediencia insondable. Comprendemos también cómo la obediencia practicada por nosotros da gloria a Nuestra Señora. Al contrario, cómo la rebeldía injuria a María Santísima y su Divino Hijo.

Vemos así, hasta qué punto la Revolución odia a Dios, y esto nos lleva a comprender mejor el infierno, con sus tormentos eternos, el desespero completo, el aplastamiento perpetuo del demonio, teniendo en vista el hecho de que él atentó contra este principio: él debería obedecer y no quiso.

Ciertos teólogos dicen que la rebelión de Lucifer se dio, porque le fue mostrado el plan de la Encarnación y la orden de adorar al Verbo de Dios Encarnado. Y por ser un ángel de tan alta categoría, no quiso y se rebeló.

Esta hipótesis, que me parece totalmente probable, adquiere una claridad todavía mayor si pensamos en el demonio observando a Nuestro Señor Jesucristo encerrado en el claustro sacratísimo de Nuestra Señora y obedeciéndole. Ver la obediencia del Verbo Encarnado en una criatura infinitamente menor a Dios – por más excelsa que sea –, y la inferioridad de Él con relación a esa criatura, debe haber llevado al paroxismo la indignación de Lucifer.

La fiesta de la Contra-Revolución

Nosotros podemos decir, por tanto, que el día 25 de marzo es la fiesta de la Encarnación del Verbo, de la esclavitud a Nuestra Señora, de la Contra-Revolución. Es la fiesta en la que se celebra el espíritu de obediencia, el amor a la jerarquía, al orden, a la dependencia, a todo lo que la Revolución odia.

Más que comprensible es que nos preparemos para esa fiesta por medio de oraciones especiales, para pedir a Nuestra Señora que ese espíritu representado por la Encarnación, alcance en nosotros la plenitud que Dios deseó cuando nos creó.

Por otro lado, vemos también el espíritu más que humilde y contrarrevolucionario de María Santísima frente a este misterio. Cuando supo que el Verbo se encarnaría en Ella, su reacción no fue de vanagloriarse, sino de pronunciar esta frase humildísima: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (*Luc. 1, 38*). Como diciendo: “Si Dios quiere de mí lo inexplicable, esto es, que yo mande en Él, hasta eso puede exigir de mí. Por tanto, si Dios pide mi consentimiento a esa situación inimaginable, por obediencia, yo mandaré en Él. Pero Él es el Señor, y yo haré su voluntad en todas las cosas.”

¡Cómo gana un realce especial, a la luz de esto, la actitud de Nuestra Señora en la Anunciación, diciéndose esclava de Dios en el momento en que Él quería hacer un acto supremo de sumisión, de dependencia, de esclavitud con relación a Ella! En esto encontramos la perfección del espíritu de la Contra-Revolución. ❖

(Extraído de conferencia de 16/3/1971)

1) Cap. VIII, art. 1, §4, n. 243.

2) Del latín: “No serviré.”



Thomas T.

Espíritu metafísico y espíritu sobrenatural – II

Parque Nacional de Yellowstone. Estados Unidos



La persona con espíritu verdaderamente católico es muy jerárquica, pues en todas las cosas busca los arquetipos aptos para encaminarla hacia Dios Nuestro Señor. Este es el punto fundamental de toda verdadera formación católica, en los términos que pueden interesar al hombre de nuestros días.

Santo Tomás presenta cinco pruebas racionales de la existencia de Dios. De estas pruebas una de las menos tratadas por los autores de vida espiritual es la llamada “cuarta vía”¹. Ésta procede de un principio muy bonito que intentaré explicar ahora.

Las cualidades existentes en un ser determinado proceden de seres superiores

En términos puramente físicos, si analizo un azul claro, me doy cuenta de que debe haber un color intensamente azul del que este azul tenue no es más que una mezcla. El hecho de

Flávio Lourenço

Santo Tomás de Aquino joven
Iglesia de Santo Domingo, Osuna, España



Madonna dei Raccomandati – Catedral de Orvieto, Italia

que exista el azul tenue es una prueba de que en algún lugar del mundo hay un azul marino intenso, cargado.

Entonces, podríamos afirmar, de algún modo casi alegórico, que todos los azules existen porque hay un azul – que, en un lenguaje también inadecuado, llamaríamos absoluto – del cual todos los otros son dimanaciones.

Este principio abre nuestro espíritu a otro más genérico: siempre que algo tiene una cualidad en cierto grado, sólo existe porque hay algo más perfecto del que ella participa. El ser dotado de cualidad en grado inferior participa de algún modo de esa misma cualidad existente en grado supremo en otro ser.

Supongamos que alguien vaya a Inglaterra y encuentre varias damas finas, distinguidas. Son señoras de la buena burguesía antigua y tradicional de Inglaterra. ¿De dónde obtuvieron las influencias que las hacen tan finas? De una clase social superior, la nobleza, que aún tiene mucha más finura que esas señoras de la burguesía. Por lo tanto, su finura es la parti-

cipación de la finura de las damas nobles. Y estas señoras de la nobleza, ¿de quién recibieron esta finura? De una reina, el prototipo de finura, que posee esa cualidad como en su fuente. Hay burgueses finos porque existen nobles, y nobles porque hay reyes.

En un país con la vida cultural bien constituida, si vemos hombres muy cultos llegamos a la conclusión de que ese país tiene excelentes universidades y debe contar con grandes sabios, porque no puede haber tantos hombres cultos sin la existencia de un foco en una universidad dotada de algunos sabios, por lo menos. Es decir, debe haber siempre focos de irradiación de cualidades de las cuales los otros participan.

Así está organizado el universo. Todas las cualidades existentes en determinado ser proceden de seres superiores.

Pirámide de arquetipos

De este principio Santo Tomás saca la siguiente conclusión: si existe en una criatura una cualidad cualquiera, debe haber un ser extrínseco al universo creado que tenga esa cualidad en grado infinito.

En efecto, el ejemplo de la reina no lo explica todo, porque ¿quién le dio tal predicado? Si apenas llevo hasta la reina, tengo una pirámide truncada. Debe existir un Ser de quien ella haya recibido aquella cualidad, el cual, a su vez, la posea de modo absoluto e infinito, y no la haya recibido de nadie. Este Ser en el cual todas las cosas excelentes existen de un modo perfecto e infinito es Dios.

Así, el hecho de que haya en el mundo cosas bellas, nobles, elevadas, armónicas, ordenadas, demues-



Isabel I el día de su coronación
Colección Real. Londres, Inglaterra



tra la existencia de Dios. Demostración muy importante para comprender el verdadero carácter del espíritu católico y el dinamismo del amor de Dios.

En esto está incluso la prueba de la existencia de los Ángeles, pues es necesario que haya criaturas que tengan de un modo arquetípico estas cualidades, y es de arquetipos en arquetipos, ora mayores, ora menores, que las cosas se difunden.

El arquetipo es un tipo que tiene ciertas cualidades de un modo ultra característico, relevante y pleno, tanto como puede caber en una criatura. Entonces podemos tener tanto un rey como un portero, como un guerrero o un maestro arquetípico.

Cuando existe un arquetipo, florecen a su alrededor muchos hombres poseyendo y participando en grado menor de las cualidades de ese arquetipo. Y para que las cualidades existan en el género humano hay que tener una pirámide de arquetipos.

Todas las cualidades presentes en las criaturas existen en Dios de modo infinito

Pero más allá del género humano debe haber Ángeles que posean cierta cualidad con una densidad mucho mayor que nosotros, los hombres, tenemos. Luego es necesario que haya Dios. Es decir, se prueba la existencia

de los ángeles con el mismo argumento de la existencia de Dios.

Todas las cualidades presentes en las criaturas – Ángeles, hombres, animales, vegetales y minerales – existen en Dios de modo infinito. ¿Por qué brilla un brillante? Porque Dios tiene, de un modo espiritual, una cualidad cuya imagen material es el brillante. Si Dios dejara de existir, todos los brillantes dejarían de brillar porque todo el brillo de los brillantes difunde continuamente de Dios que no brilla como una piedra porque Él no es una piedra, sino que tiene una perfección que la piedra imita brillando.

El perfume de una flor es una cualidad que, a su modo, existe de manera infinita en Dios, como en un espíritu y no como en la materia. Al

sentir el aroma de aquella flor se tiene una idea misteriosa e inefable de algo presente en un Ser perfecto e infinito.

Pasando al género humano, si yo conociese a un buen conversador, un hombre que conversa brillantemente, por lo tanto, agradable, interesante, atrayente, gentil, en fin, con todas las cualidades posibles, tendría deseos de pasar el tiempo entero en contacto con esa persona.

Imaginen a alguien cuyo reposo me diera descanso, cuya acción me estimulara a actuar, cuyo timbre de voz sonara para mí como una música, cuya mirada emitiera una luz, vivaz. Pues bien, yo miraría a ese hombre y pensaría: “Él es un buen conversador, sin embargo, podría ser más. En última instancia, si lo tiene, debe haber alguien que tenga más que él y, finalmente, un Ser que posea esa cualidad en proporciones infinitas. ¡Qué maravilla cuando pueda ver a Dios cara a cara!”

Todas las cosas fueron creadas y dispuestas a despertar en nosotros el gusto por lo más. Queremos más es el movimiento continuo del alma católica. No sólo deseamos más, sino quererlo todo. Y porque lo quiere todo, no encuentra la plena satisfacción en nada terreno, pero la razón muestra que existe más allá de la tierra y de un modo infinito.

Nace, entonces, la posibilidad de gustar las cosas de un modo no frustrante, por-



El Dr. Plinio recibe la Sagrada Eucaristía en 1990

que, aunque todas las criaturas decepcionen, considerándolas en esta línea ellas contienen un anuncio, una promesa y un anticipo. Ahí sí somos capaces de vivir, teniendo el espíritu antiigualitario, pues en aquellos que son arquetipos vemos imágenes de Dios, aptas para atraerme como la plenitud atrae la parte, pero que me encaminan luego hacia la plenitud de las plenitudes que es Dios Nuestro Señor. De esta manera me oriento hacia Dios. He aquí cómo el espíritu católico debe estar continuamente considerando las cosas.

Esto es vivir; el resto es arrastrar la vida

Esta postura ante la vida, en lugar de hacerla monótona, la hace entretenida. Me da pena quien no lo hace, como alguien que posee vista tiene compasión de un ciego. Más aún: si aguantando tantos disgustos desde la mañana hasta la noche es porque este entretenimiento me da fuerzas. Por ejemplo, en la hora de la Comunión pensar como este Dios perfecto y absoluto, *omne delectamentum in se habentem* – teniendo en sí toda clase de sabores –, aunque de modo insensible, entra en mi alma, y ya en esta tierra, en esta noche, me es concedida la semilla de la luz que tendré cuando mis ojos se cierren definitivamente para este mundo.

Esta es la impostación del espíritu católico, el cual es muy jerárquico, porque en todas las cosas busca el arquetipo, la mayor perfección creada, y luego vuela hacia la perfección increada.

Les daré un ejemplo de cómo hacer una operación mental así. Mientras hablaba, mis ojos cayeron en la parte de atrás de una imagen de la Virgen, y me llamó la atención la buena ordenación de los pliegues del manto esculpido, dando la im-



Fray Angélico visitado por los Ángeles
Museo de Bellas Artes de Rouen, Francia

presión de un paño grueso que no se dejó arrugar ni maltratar, pero que tampoco está doblado como para una vitrina; son pliegues aparentemente espontáneos, producidos por un bonito movimiento.

Se me pasó por la cabeza lo interesante que sería estar junto al escultor y verlo imaginar esos pliegues. Por así decirlo, entrar en su cabeza y ver cuál era su estado de ánimo. Para mí, ver su espíritu producir el pliegue es aún más interesante que hacerlo. Entonces, haber visto al escultor elucubrar el pliegue, esculpirlo, mirarlo y, finalmente, analizar la fisonomía del escultor y cerrar el ciclo de mi observación me entretendría extraordinariamente. En varios mu-

seos europeos he visto artistas pintando y gente mirando a los pintores, y lo comprendo.

Pero yo querría más. ¡Qué maravilloso sería ver a Dios cuando creó el mundo! ¡En la creación de todo el universo, qué cosa superior! Dios es eterno e inmutable, y viéndolo cara a cara, lo veré como cuando Él estaba creando el universo.

Aquí está una meditación que me eleva. Esto es vivir, el resto es arrastrar la vida. ❖

(Extraído de conferencia de
17/11/1972)

1) cf. Suma Teológica I, q. 2, a. 3.



Consideraciones sobre el Brasil Imperio - I

El reinado de Don Pedro I, príncipe romántico, impulsivo, tumultuoso e inconstante, inquietó y deslumbró a brasileños tranquilos, desorientó a combativos portugueses, dejando un surco en el alma y en la formación psicológica del Brasil.

Al hacer una exposición sobre la Historia de Brasil, si yo fuera a empezar por mencionar las capitanías, los gobernadores, poniendo en una pizarra la lista de todos, fechas en que tomaron posesión y dejaron sus cargos, la historia de las banderas, probablemente no despertaría la apetencia de mis oyentes.

Lo verdadero en una formación intelectual y, sobre todo espiritual, es ampliar el campo de interés, de modo que los oyentes tengan amplios horizontes. No tratar como un especialista de un tema, como, por ejemplo, de qué enfermedad murió Fernão Dias Pais Leme. No soy médico, no soy contemporáneo, no me interesa de qué murió, eso no es tema para mí. Pero ampliar los horizontes, esto sí es formación.

Dos formas típicamente brasileñas de interesarse por la Historia

En las anteriores reuniones sobre Historia de Brasil, fui lanzando al aire dardos con alguna conexión entre sí, más o menos como el piloto de un navío, que, entrando en puerto, va echando sondas para saber por dónde debe poner rumbo a su embarcación. Fui lanzando sondas para ver cuáles eran los temas que más interesaban. Y acabé dándome cuenta de que un asunto que interesa mucho al modo de ser de nuestro pueblo, y además corresponde a la mentalidad y al ambiente brasileño, se refiere a la siguiente temática:

Cada jefe de Estado que pasa es una figura: él gobierna y se puede hacer la historia de su gobierno. Su



GAP (CC3.0)

gobierno es el conjunto de actos de carácter político, diplomático, económico, administrativo con los cuales dirigió el Estado Brasileño durante un cierto periodo, ya sea un monarca, sea un presidente de la República, o sea un dictador. Esta es una franja en la cual se puede estudiar la Historia de un pueblo.

Pero hay otra franja que me parece mucho más brasileña. Un jefe de Estado consigue o no proyectar su figura a los ojos del pueblo, de manera que sea una personalidad

que marque por su presencia la vida psicológica, intelectual, afectiva del pueblo. Si logra esto, su período de gobierno es una era en la historia. Y cuando se va, el color de la historia cambia.

Poco tiene que ver con la diplomacia, las finanzas, la guerra y todo el resto. Es la presentación y la acción que toda persona ejerce sobre otra cuando están juntas.

Tomen, por ejemplo, dos hombres en el consultorio de un dentista, esperando su turno para ser atendidos. Ellos no se conocen, se miran levemente, y uno no se interesa por el otro, se rechazan. Se diría que no ejercieron influencia uno sobre el otro. Sin embargo, no es verdad. En aquel mutuo rechazo, cada uno afirmó alguna cosa de sí mismo que el otro rechazó. Y en aquello, algo en ellos se acentúa.

Todo contacto humano ejerce una influencia afirmativa o negativa. Incluso cuando esa influencia es neutral, es decir, cierra la ventanilla; en eso hay una afirmación.

Don Pedro I, un verdadero héroe de novela

Un jefe de Estado tiene su presencia mucho más real-



Corona Imperial de Brasil – Museo Imperial, Petrópolis, Brasil

zada que la de un particular. Entonces, uno se pregunta: ¿esa presencia no ejerce un efecto sobre toda la nación? Lo ejerce. ¿Cuál fue el efecto personal de Don Pedro I? ¿Y el de Don Pedro II? ¿Cómo eran? ¿Cómo los recibió Brasil? ¿Cómo fueron los primeros presidentes de la República Antigua? Son temas que eventualmente podría tratar. Me parece que esta franja de temas sería mucho más interesante que el estudio de las finanzas, por ejemplo. Entonces vamos a tratar un poco sobre eso.

Don Pedro I era un príncipe romántico por excelencia. Europa estaba bajo el signo del romanticismo, del cual hacía parte una opulenta sentimentalidad, unida a un gusto por la aventura y una cierta dosis de



Monumento a la Independencia, San Pablo, Brasil



Jean-Baptiste Debret (CC3.0)



Litografía del “Día del Me quedo” – Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, Washington, EUA

heroísmo personal. Sin eso, no se era un verdadero héroe de novela.

Modelado por la época, Don Pedro I fue un auténtico héroe de novela. Los héroes de novela tienen mucho de novela y poco de héroes. Ellos no merecen ser llamados héroes, a no ser en un cierto sentido de la palabra, porque aquello no es heroísmo. Satisfacer sus impulsos no es heroísmo. ¡Dirigirlos según la Ley de Dios, eso sí es heroísmo!

Era un hombre eminentemente impulsivo, y toda su vida, que podría haber sido una serie de éxitos brillantes, fue una sucesión de fracasos. Entre tanto, esos fracasos fueron brillantes, porque él conducía sus caídas con el virtuosismo de un héroe de teatro. Esa teatralidad hizo de él una persona que inquietó a los apacibles brasileños, pero también los deslumbró un poco. Agitó a los portugueses de entonces – poco pacíficos y muy combativos –, pero los desorientó. De esa forma, marcó a fondo a las dos naciones.

Don Pedro I era un hombre, en cierto sentido de la palabra, brillante. Muy elegante, con mucha vitalidad, tenía un todo verdaderamente aristocrático que lo utilizaba con ideas de-

mocráticas y accesos de absolutismo, dependiendo de sus impulsos. Era fundamentalmente impulsivo.

Una Commonwealth luso-brasileña

¿En qué habría consistido el éxito de Don Pedro I? Si consideramos el asunto desde el punto de vista meramente de la ambición personal, en la situación en la que estaba como hombre ambicioso ¿qué podría haber hecho?

Declaró la independencia de Brasil y el hecho quedó consumado. A partir de ese momento dividió los estados de su padre, que entonces eran mucho más amplios y comprendían: Angola, Mozambique, Guinea y otras posesiones en la India, lo que constituía un imperio muy amplio. Pero la mayor esmeralda o rubí de ese imperio se desprendió de la corona en el momento en que Brasil se separó de Portugal.

En efecto, Brasil dejó de ser colonia para convertirse en un reino unido a Portugal. ¿En qué consiste un reino unido?

Antiguamente, los reyes de Portugal recibían este título: Rey de Por-

tugal y de los Algarves. Algarve es la parte sur de Portugal, así llamada a causa de una palabra mora *algaribe*, que designaba tierras donde habitaban moros. Como la dinastía portuguesa conquistó los Algarves para Portugal, el monarca acabó siendo Rey de Portugal y de los Algarves. El Algarve no fue una colonia, sino un reino bastante menor que Portugal, con sus leyes y costumbres propias, como hoy en día lo son Inglaterra y Escocia. Escocia no es una colonia de Inglaterra, es un reino hermanado, el cual tiene sus hábitos, estilos y su autonomía, si bien constituya un todo con Inglaterra.

El Rey de Portugal, Don Juan VI, había declarado a Brasil reino unido a Portugal. Ese reino fue separado por Don Pedro I, y declarado Imperio. Pero no estaba dicho que el emperador del nuevo Imperio no pudiese heredar la corona de Portugal;



ni tampoco que, separando una monarquía de la otra, Don Pedro I no pudiese heredar la antigua monarquía y reconducirla a la unión. En mi opinión, si él cuidase de su ambición personal, su jugada inteligente habría sido la de llevar las cosas de forma que tranquilizase a los brasileños en cuanto a su animosidad contra los portugueses. De esta manera, cuando muriese Don Juan VI, Don Pedro I debería intentar reunir los dos reinos.

En esas circunstancias, él tendría una bella tarea a ser ejecutada, que corresponde a un problema muy bonito a ser resuelto. El mundo portugués del lado de allá del Atlántico tiene el pequeño peso de una economía metropolitana y de un territorio también pequeño, pero el peso enorme de la Historia gloriosa, de una antigua tradición y de una vinculación afectiva muy grande con Bra-

sil, más allá del considerable peso de todo el imperio colonial que Portugal aún poseía, y con el cual, Brasil perdió el nexo cuando se hizo independiente. ¿No sería inteligente haber propuesto a los brasileños y a los portugueses una Commonwealth, al estilo de Inglaterra, con todos esos Estados? Era evidente que Brasil se haría tan grande que, en un cierto momento no sería más gobernable desde Lisboa.

Es como Canadá e Inglaterra. Canadá no es gobernable a partir de Ingle-



Juan VI - Archivos Nacionales, Río de Janeiro, Brasil

Arquivo Nacional (CC3.0)



Proclamación de la Independencia - Museo Paulista. San Pablo, Brasil

Hedinger, Argemont (CC0.0)



Casamiento de Don Pedro I con Doña Amelia – Colección Itaú Cultural

terra. Los ingleses tuvieron el buen sentido común de ir dando una cierta autonomía al Canadá, para no pesar demasiado en un centro que acabaría rompiéndose. Hicieron un régimen un tanto parecido con la antigua monarquía austrohúngara, en la que los emperadores de Austria eran reyes de Hungría, de Checoslovaquia, duques de tal y tal lugar en la actual Yugoslavia. Tenían todas esas coronas e iban llevando juntos esa política.

Fracasos de Don Pedro I

Los reyes de Portugal habían pensado transferir la sede de la monarquía portuguesa al Pará y hacer una monarquía amazónica, a poca distancia de Lisboa, por tanto, gobernable medio desde Lisboa y medio desde Pará, y a través de éste, ejercer una influencia sobre todo Brasil. En mi opinión – si consultase su ambición – Don Pedro I debería ha-

ber dirigido su política en el sentido de constituir una monarquía bipolar: Pará-Lisboa. Y cuando los medios de comunicación fuesen más rápidos, transferir el gobierno a Río de Janeiro. Pero esperar y dejar madurar la Historia, no fue lo que hizo. Llegó a Brasil, peleó con los brasileños, fue a Portugal, levantó un problema y se peleó con los portugueses. Terminó muriendo en Portugal prematuramente tuberculoso, víctima de la enfermedad de la cual los héroes de novela encontraban bonito morir.

¿Cómo sucedió eso? Declaró la Independencia, fue coronado y entronizado como Emperador de Brasil. Por cierto, su corona es bonita y está en el Museo de Petrópolis.

Recibió una monarquía absoluta, como estaba en vigor en Portugal. Mientras tanto, se inició un movimiento para transformarla en monarquía parlamentaria, con la con-

vocación de un Parlamento y una Constitución que limitaba sus poderes.

¿Qué hizo Don Pedro I? Dijo que sí, pero con una condición: la Constitución sería concedida por él e inauguraría el Parlamento. Pero cuando él quisiese cerraría el Parlamento y revocaría la Constitución.

Se comprende que esa hipótesis no agradaría de ningún modo a los liberales, pues aquella era una libertad condicional. En la hora en que el Emperador frunció el ceño, cesaría la libertad. Le dijeron, entonces, que no aceptaban, y de ahí salió una tensión espantosa que terminó con su salida hacia Portugal, porque no podía gobernar en Brasil.

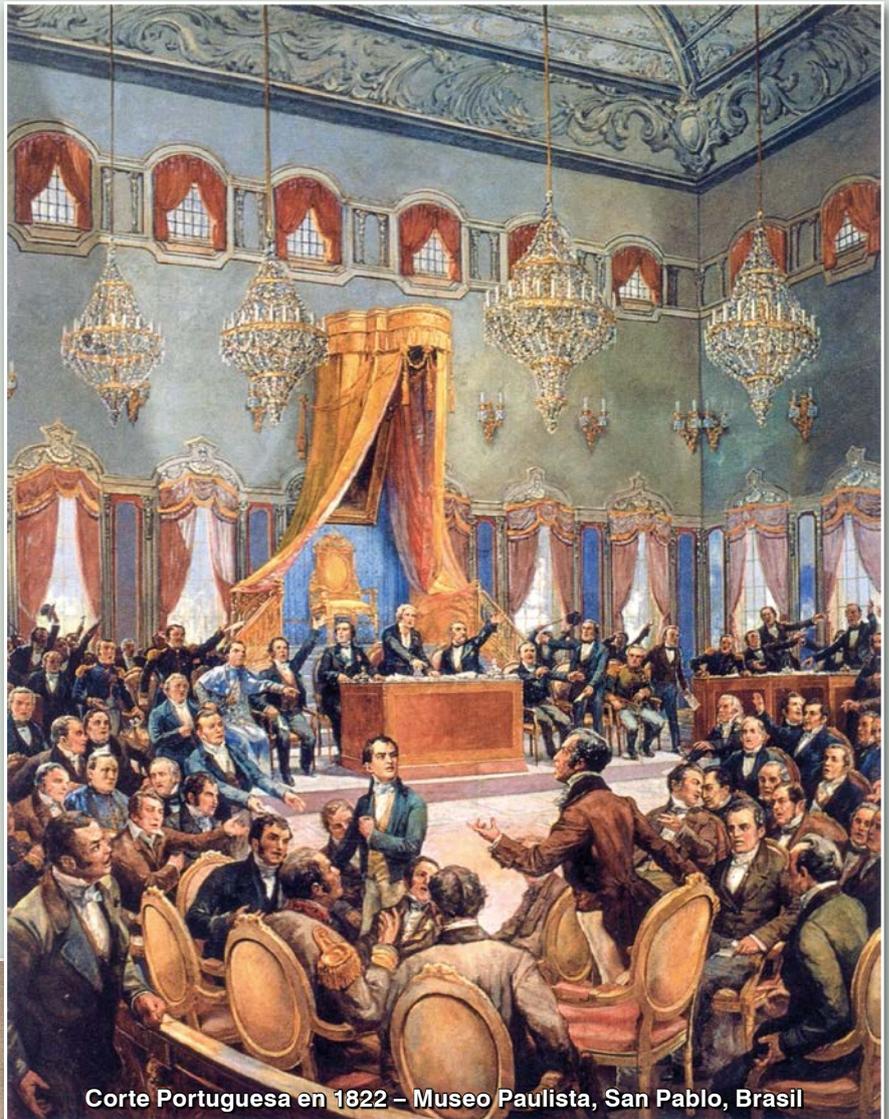
Guerra entre absolutistas y liberales

Don Pedro I se embarcó hacia Portugal con su segunda esposa, Do-

ña Amelia de Leuchtenberg, y con la hija que tuvo con la Marquesa de Santos, la Duquesa de Goiás.

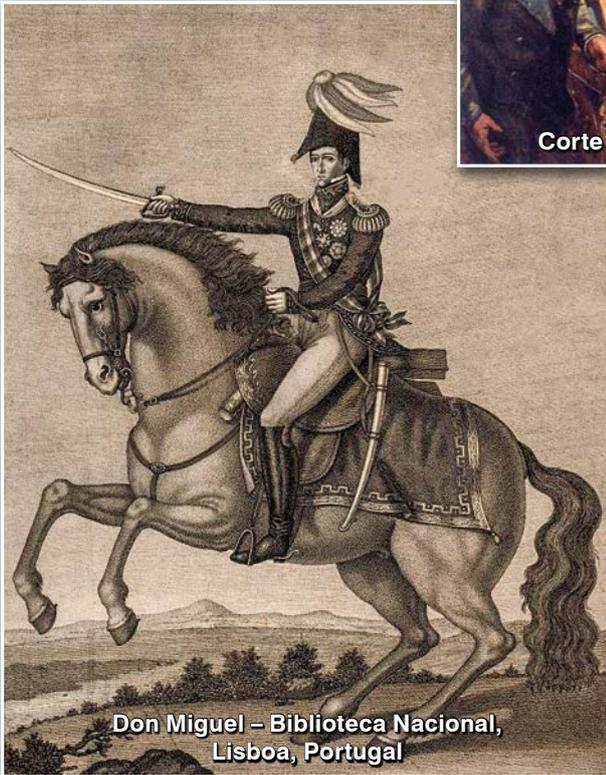
Llegando a Portugal, encontró la siguiente situación: Don Miguel, hermano menor de Don Pedro I, se había candidatado al trono portugués. Al morir Don Juan VI, Don Pedro I se convierte en Emperador de Brasil y se separó de Portugal. Luego, argumentaba Don Miguel, una vez que traicionó a la nación, separando de ella una parte, no tenía más derecho a ser Rey de Portugal. Y afirmaba: “¡El Rey soy yo!” Don Pedro I decía lo contrario: “Yo no renuncié, y ahora que dejé Brasil quiero gobernar en Portugal”.

A eso se sumaba una complicación de carácter ideológico: los monárquicos portugueses también estaban divididos por la misma cuestión que dividía las opiniones en Brasil. Además, también era la gran cuestión de aquel tiempo: saber si una monarquía debería ser absoluta al estilo del *Ancien Régime*, o parlamentaria como estaba en vigor des-



Corte Portuguesa en 1822 – Museo Paulista, San Pablo, Brasil

Eduardo Bueno (CC3.0)



Don Miguel – Biblioteca Nacional, Lisboa, Portugal

Antônio José Quinto (CC3.0)

pues de la Revolución Francesa.

Los partidarios de Don Miguel eran monárquicos absolutistas, en cuanto que los de Don Pedro I eran a favor de la monarquía parlamentaria. Él que en Brasil había sustentado el principio de monarquía absoluta, con el derecho a cerrar el Parlamento cuando quisiese, en Portugal dirigió el partido Liberal.

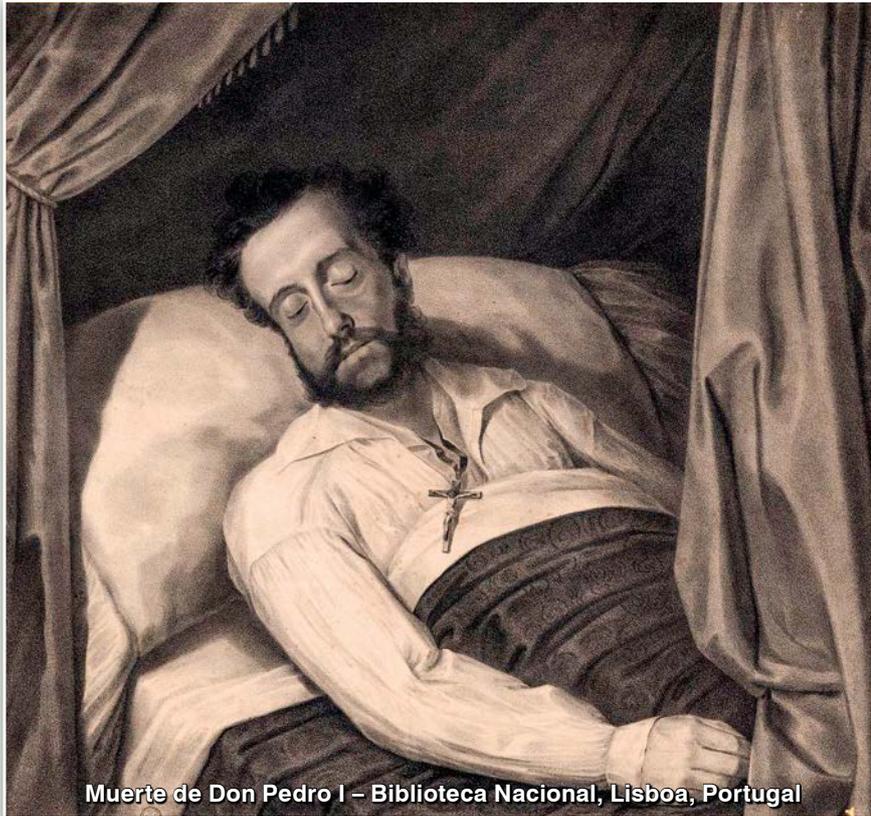
La guerra entre esos dos partidos dividió Portugal a fondo. Casi todas las buenas familias de Portugal tuvieron antecesores luchando del lado de los “miguelistas”, o de Don Pedro I, o de su hija Doña María de Goiás, a quien le dejó los derechos cuando murió.

Muerto Don Pedro I, su imagen se borró en el recuerdo de los brasileños como hecho político, pero permaneció como hecho legendario-histórico. Y quedó como la de un príncipe tumultuoso e inconstante.

Muy curiosamente, vino a parar a manos de mi familia una espada perteneciente a los partidarios de Doña María de Goiás, hija



José Joaquim Rodrigues Primavera (CC3.0)



Muerte de Don Pedro I – Biblioteca Nacional, Lisboa, Portugal

de Don Pedro I. Era una espada con forma ligeramente curva a la manera de las espadas turcas, en cuyo pomo estaba tallado en marfil una cabeza de turco, con turbante y todo. En la espada estaba grabado: “Viva Doña María I”. Era, por lo tanto, un arma con la cual había combatido un hombre de alto rango, probablemente noble – a juzgar por el tipo de espada -, al servicio de Doña María I. Es decir, a favor de la causa constitucionalista.

Como el vuelo alocado de un guacamayo

A pesar de todo, hay algunos lances brillantes en la vida de Don Pedro I, como su boda con la Princesa Leopoldina de Austria y la proclamación de la Independencia de Brasil. Además de eso, también está el hecho de ser un hombre lleno de ímpetus y aventuras, y el propio caso de la Marquesa de Santos, le dio un cierto colorido a su vida – un co-

lorido vivaz, pero no siempre limpio... Se trata de una persona cuya biografía se comprende que la publique una revista, porque es muy interesante.

En total, el recuerdo de los brasileños es positivo. Vemos una cosa curiosa en Brasilia, la ciudad moderna proyectada por Oscar Niemeyer. En la sala del presidente de la República – que es un recinto enteramente al estilo de la ciudad –, detrás del sillón de su despacho, pusieron un cuadro representando a Don Pedro I como Emperador de Brasil, con todas sus condecoraciones.

Se puede entender bien lo que esto representa en el sentir de toda la nación. No fue un hombre cualquiera, sino un jefe de Estado hábil que mandó colgar el cuadro allí, sabiendo que causaba buen efecto en todos los visitantes del exterior y del interior que llegaran allí y encontraran el recuerdo de aquel hombre, con aquel pasado.

Imaginen un guacamayo que vuela de un modo medio alocado, ora casi cayendo, ora subiendo nuevamente, pero que, durante su vuelo nada bonito, nos diese la oportunidad de ver, bajo varios aspectos, sus lindas plumas de colores. Este fue el reinado de Don Pedro I y la estela que dejó en el alma y en la formación psicológica del Brasil.

“¡Mi Emperador y mi hijo!”

Don Pedro I tenía un ministro con el que convivió en una amistad adversaria y en una adversidad amiga: José Bonifacio de Andrada y Silva. Los tres hermanos Andrada eran inteligentísimos y habían hecho excelentes estudios en Coimbra. José Bonifacio viajó por varios países de Europa y se hizo amigo de muchos de los hombres que habrían de trabajar después en la Revolución Francesa.

Pero era característicamente un aristócrata brasileño.



Emperador Don Pedro II y sus hermanas – Museo Imperial Petrópolis, Brasil

Había en Brasil dos especies de aristocracia: una era la aristocracia de los nobles de Portugal que vinieron a Brasil, nombrados por el rey; otra, nacida de la tierra. Las familias que llegaron aquí, no aristocráticas, y que se establecieron aquí, tuvieron una gran descendencia y una larga serie de generaciones de propietarios rurales, ejerciendo su dominio sobre extensiones enormes.

Esas personas adquirirían un aire, una tradición, un estilo aristocrático y descendían, en general, de los fundadores del lugar donde vivían. Eran reconocidas por las leyes coloniales de Brasil como aristócratas, y no menos auténticos que los portugueses. Era una aristocracia nacida de la tierra. Eso sucedió frecuentemente en Brasil y de una de ellas procedía José Bonifacio. Hombre muy inteligente, cortés y representativo.

Con la salida de Don Pedro I, los acontecimientos políticos en Brasil

podrían haber transcrito de tal manera que con él fuese exiliada a Portugal toda su descendencia. Sin embargo, eso no sucedió y aseguró la unidad nacional. Porque Brasil era demasiado grande para fragmentarse, como ocurrió con las colonias españolas cuando se hicieron independientes. La única cosa que podía unirlo era un jefe de Estado no originario de ninguna de las Provincias brasileñas, pero que estuviese por encima de Brasil como un símbolo.

Así, se mantuvieron aquí los hijos de Don Pedro I, huérfanos de Doña Leopoldina y ya entonces también huérfanos de padre, porque éste se iba lejos, para otra vida con otra esposa. Ellos quedaron

sin nada... Don Pedro I dejó como tutor de sus hijos al propio José Bonifacio, como el más capaz de educarlos y orientarlos.

Se narra que, cuando Don Pedro I partió hacia Portugal, José Bonifacio fue al Palacio Imperial para tomar contacto con los niños, y le presentaron en un almohadón, a Don Pedro II. Él tomó con ternura el almohadón con el pequeño monarca y dijo: "¡Mi Emperador e hijo mío!" Lo que es una exclamación bien brasileña...

La reverente compasión nacional posó sobre esos niños huérfanos y aislados, a bien decir protegidos por el país entero, y por cuya salvaguar-

día, educación, salud y casamiento también se sentía responsable la Nación entera.

Florece así, un vínculo filial y afectivo alrededor de la figura de Don Pedro II, de todo su reinado y de su familia, constituyendo una especie de relación familiar que venía desde la cuna de donde renacía la monarquía. E hizo que Don Pedro II, a lo largo de su vida, se convirtiese en el padre y después en el abuelo del Brasil. ❖

(Continuará en el próximo número)

(Extraído de conferencia de 23/11/1985)



Pedro Corrêa do Lago (CC3.0)



José Bonifacio de Andrada e Silva
Museo Paulista, San Pablo, Brasil

Benedicto Galixto (CC3.0)



SANTORAL

photofreemasonry (CC3.0)



Beata Ángela Salawa

1. San David, obispo (†c. 601). Fundó en su diócesis de Menevia, en Gales, un monasterio de donde partieron misioneros a evangelizar Irlanda, Cornualles y Armórica.

2. San Lucas Casali de Nicosia, abad (†S. IX). Abad del Monasterio de Agira, Italia, célebre por su humildad, sabiduría y prudencia.

3. Beato Pedro Jeremías, presbítero († 1452). Religioso dominico que, confirmado por San Vicente Ferrer en la predicación, se consagró totalmente a la obra de la salvación de las almas. Falleció en Palermo, Italia.

4. San Casimiro, rey († 1484).

Beata María Luisa de Lamoignon, viuda († 1825). Después de ser guillotinado su marido, fundó en Vannes, Francia, la Orden de las Hermanas de la Caridad de San Luis.

5. San Juan José de la Cruz, presbítero († 1734). Franciscano que, siguiendo el ejemplo de San Pedro de Alcántara, restauró la disciplina de la Regla en muchos conventos de Nápoles, Italia.

6. San Fridolino, abad (†S. VIII). Oriundo de Irlanda, peregrinó a través de la Galia llegó a Sackingen, Alemania, donde fundó dos monasterios en honor a San Hilario.

7. Domingo III de Cuaresma.

Santas Perpetua y Felicidad, mártires († 203).

Beato José Olallo Valdés, religioso († 1889). De la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, se dedicó a los enfermos durante 54 años, sirviendo como enfermero en un hospital de La Habana, Cuba.

8. San Juan de Dios, fundador († 1550). Ver página 2.

Beato Faustino Míguez, presbítero († 1955). Religioso escolapio que fundó la Congregación Hijas de la divina Pastora, en Sanlúcar de Barrameda, España, para la formación de las jóvenes.

9. Santa Francisca Romana, religiosa († 1440).

Santa Catalina de Bolonia, virgen († 1463). Fundadora y abadesa del monasterio de las Clarisas de Bolonia, Italia. Se destacó por sus dones místicos y por las virtudes de la humildad y la penitencia.

10. Beato Juan José Lataste, presbítero († 1869). Dominicano y fundador de la Congregación Hermanas Dominicas de Betania, en Frasné le Château, Francia.

11. Santos Marcos Chong Ui-bae y Alejo U Se-yong, mártires († 1866). Decapitados en Sai-Nam-The, Corea, por practicar y propagar la Fe Católica.

12. San Teófanos, abad (†817). Ver página 26.

Beata Ángela Salawa, virgen († 1922). Terciaria Franciscana, se santificó ejerciendo el oficio de empleada doméstica, en Cracovia, Polonia, donde murió en extrema pobreza.

13. San Leandro de Sevilla, obispo (†c. 600). Hermano de San Isidoro, San Fulgencio y Santa Florentina. Gobernó la Archidiócesis de Sevilla, España y con su predicación convirtió a la Fe Católica al rey visigodo Recaredo.

14. Domingo IV de Cuaresma (También llamado Domingo Laetare)

Beata María Josefina de Jesús Crucificado, virgen († 1948). Priora del Carmelo de Ponti Rossi, en Nápoles, Italia. Aceptó con alegría varias enfermedades, ofreciendo todo por las almas y sacerdotes.

15. San Zacarías, papa († 752). Gobernó la Iglesia con sabiduría y pru-



Martini (CC3.0)

dencia, frenó la invasión de los lombardos, indicó el justo gobierno a los francos, dotó de iglesias a los pueblos germanos y promovió la unión con la Iglesia Oriental.

16. San Julián de Anazarbus, mártir († 1589). Por rehusarse a negar su Fe, después de varias torturas, fue encerrado en un saco con serpientes y lanzado al mar, en Cilicia, actual Turquía.

17. San Patricio, obispo († 461).

Beata María Bárbara de la Santísima Trinidad, virgen († 1873). Nacida en Viena, fundó en Catumbi, Río de Janeiro, la Congregación del Inmaculado Corazón de María.

18. San Cirilo de Jerusalén, obispo y Doctor de la Iglesia († c 386).

San Frediano, obispo († c. 588). Natural de Irlanda, reunió en Lucca, Italia, una comunidad de monjes. Desvió el curso del río Serchio, tornando más fértil la tierra y convirtió los lombardos a la Fe Católica.

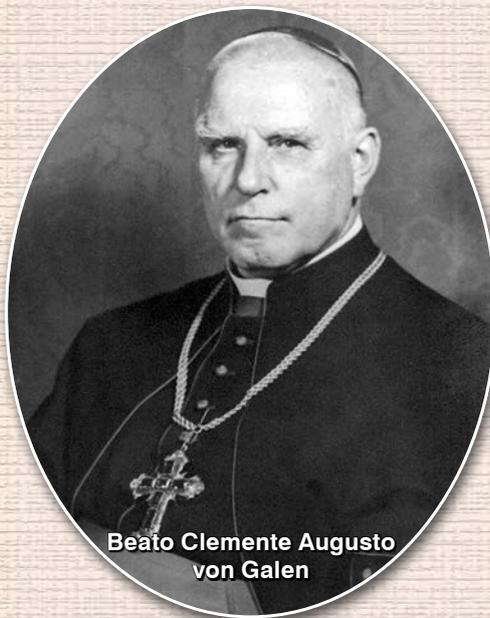
19. Solemnidad de San José, esposo de la Santísima Virgen María, Patrono de la Iglesia Universal.

20. San Juan Nepomuceno, presbítero y mártir († 1393).

21. Domingo V de Cuaresma.

San Agustín Zhao Rong, presbítero y mártir († 1815). Siendo guardián de cristianos encarcelados, se convirtió y se hizo sacerdote. Durante la persecución en Sichuan, China, fue preso y muerto.

22. Beato Clemente Augusto Graf von Galen, obispo († 1946). Como obispo de Münster, Alemania, reflejó delante del pueblo y del clero la imagen evangélica del Buen Pastor. Luchó abiertamente contra los errores del Nacional-socialismo y contra la violación de los derechos de los hombres y de la Iglesia.



Beato Clemente Augusto von Galen

23. Santo Toribio de Mogrovejo, obispo († 1606). Nacido en España, fue elegido obispo de Lima, Perú, donde defendió la Iglesia, catequizó los pueblos nativos y combatió con sínodo los abusos del clero de la época.

25. Solemnidad de la Anunciación del Señor. Ver página 10.

26. San Pedro de Sebaste, obispo († c. 391). Hermano menor de San Basilio Magno, luchó como obispo de Sebaste (actual Sivas, Turquía) y defendió eximamente la Fe contra la herejía arriana.

27. Beato Peregrino de Falerone, presbítero († 1232). Fue uno de los primeros discípulos de San Francisco de Asís. Fue como peregrino a Tierra Santa, esperando recibir el martirio, pero no pudo realizar sus deseos, pues despertó la admiración entre los propios sarracenos.

28. Domingo de Ramos

Beata Juana María de Maillé, viuda († 1414). Después de la muerte de su esposo en la guerra, reducida a la miseria y expulsada de su propia casa, vivió

recluida en una celda junto al convento de los franciscanos, en Tours, Francia.

29. San Guillermo Tempier, obispo († 1197). Gobernó con prudencia y firmeza la diócesis de Poitiers, Francia, corrigiendo las costumbres del pueblo y dando ejemplo irreprochable de una vida íntegra.

30. San Leonardo Murialdo, presbítero († 1900). Fundó en Turín, Italia, la Pía Sociedad de San José, para que los niños abandonados pudiesen sentir el efecto de la Fe y la caridad cristianas.

31. San Benjamín, diácono y mártir († c. 420). Por insistir en predicar la Palabra de Dios en Persia (actualmente Irak), fue torturado y muerto bajo el gobierno del emperador sasánida Vararanes V.



San Fridolino



San Teófanes y los peculiares esplendores de la Iglesia en Oriente

Perteneciendo a una de las más nobles familias del Imperio Bizantino, Teófanes abandonó todas sus riquezas y se dirigió hacia un monasterio, del cual sería Abad. Un emperador, adepto de la secta de los iconoclastas, lo lanzó en un calabozo, donde permaneció por dos años sufriendo horribles privaciones y azotes. Después fue exiliado hacia Samotracia, y allí entregó su bella alma a Dios.

Tenemos una ficha biográfica para comentar al respecto de San Teófanes, Abad, que me da la oportunidad, antes de entrar en la consideración de la vida de este santo, de analizar la expresión, el valor simbólico y el efecto que su nombre produce, para considerar luego al individuo.

Un nombre que evoca la teofanía: la manifestación de Dios

Un hombre común, de la vida corriente, que se llamara Teófanes podría darnos la impresión, antes de conocerlo, de alguien perteneciente a lo que se suele llamar clase me-

dia baja, de una manera extremadamente anacrónica dentro de esa clase, vestido a la conservadora, con un cuello almidonado alto y amarillento, una corbata pequeña ensebada, tosiendo muchísimo, con las gafas a media distancia entre la punta y la parte superior de la nariz, con una vocecita ronca, flaco y pretencioso.



Grabado de Constantinopla

Ese podría ser, según nuestra imaginación, el Sr. Teófanos

Para la sensibilidad de ciertas personas, el nombre “Teófanos” tiene algo de glacialmente sentencioso, rígido. Sin embargo, el sentido etimológico de la palabra es hermoso, porque teofanía es la manifestación de Dios. Ahora bien, un hombre llamado Teófanos debería ser una persona maravillosa, tener una forma de Ángel celeste, héroe, un San Miguel Arcángel, algo así. Pero los conceptos varían y los nombres acaban tomando una connotación peyorativa.

No obstante, cuando se piensa en un Abad Teófanos, ya la cuestión cambia completamente. Porque Abad es un título que evoca a un hombre medio misterioso, aislado, puesto por encima de sus monjes, en general con poca comunicación con los otros hombres, y correspondiendo a la frase que leí otro día en una revista de Historia, que ponía en los labios de Moisés: “Señor, hiciste de mí un hombre solitario y poderoso”. Es exactamente la idea que me hago de un abad: poderoso en el orden espiritual, pero solitario. Todo revestido de un traje benedictino negro, con aquellos pliegues que se desdoblán, una capucha vuelta hacia atrás, un bastón en la mano y un aire lleno de ideas y pensamientos, que habla poco, pero



domina a toda una comunidad de cenobitas, todos ellos en silencio o entonando el canto llano, en amplios corredores con arcadas regulares, y que al volver a sus celdas rezan de nuevo, hacen bellas y coloridas pinturas, trabajos e investigaciones inimaginables.

El abad mantiene en la abadía una atmósfera de buen gusto, de lucha guerrera, de polémica y, al mismo tiempo, de recogimiento y de silencio que nos da todo el perfume de la Edad Media; y, más aún, del antiguo monaquismo de Oriente, monasterios griegos situados en montes de nombres fabulosos, en islas del Mediterráneo donde enseñaron los Apóstoles, en colinas de la Tierra Santa donde Nuestro Señor hizo milagros, etc. Esa es la idea que me da un Teófanos abad, incentivándome a conocer su biografía.

Miembro de una de las más nobles familias del Imperio Bizantino

Teófanos, nacido en Constantinopla, pertenecía a una de las más nobles familias del Imperio Bizantino. Al perder a su padre a los tres años de edad, fue educado por el propio Emperador Constantino Coprónimo.

Se casó siendo muy joven, prácticamente obligado, con una joven patricia. Pero ambos, de común acuerdo, hicieron el voto de continencia perpetua. Al descubrir esto más tarde, su suegro se llenó de furor pues deseaba herederos que pudiesen gozar de la inmensa fortuna de su yerno. Entonces, se quejó al emperador quien envió a Teófanos a Sísico, con el título de Intendente Real de los Trabajos Públicos en Helesponto y Lisia. Allí el santo encontró a un monje que lo inició en los caminos de la contemplación y, Teófanos abandonó el mundo recogiendo-se en un monasterio, donde llegó a ser abad.

¡Qué cosa linda: un dignatario de la corte imperial de Constantinopla! Para pensar en eso es necesario imaginar a



los hombres de aquellos orientes, aquellos emperadores de Constantinopla rígidos, con aquellas caras de iconos, todos rodeados de perlas, con aire sentencioso, con una mano que enseña llevando una vara toda hecha de marfil, con una imagen de oro de San Miguel encima, y mirando a todos los siglos, inmóviles sobre un fondo de oro.

Podemos imaginarnos cómo era el palacio imperial en Constantinopla, junto a las márgenes poéticas del Bósforo y la Basílica de Santa Sofía, donde el emperador Coprónimo educó a Teófanos.



Teófanos es un hombre puro que se casa con una joven pura; y los dos, cosa aún más rara, resuelven guardar la castidad perfecta.

El emperador interviene y lo manda a una especie de exilio dorado, con un título meramente administrativo pero pomposo – todos los títulos bizantinos eran pomposos – para ejercer sus funciones en esa región. Imaginemos cómo era una ciudad de provincia de aquel tiempo: pequeña, pero que tiene un pequeño palacio destinado al representante del emperador, con un pequeño trono, siendo la miniatura – ¡pero qué miniatura! – del fausto imperial, y Teófanos moviéndose dentro de todo aquello, delante de un pueblo genuflexo.

Abandona todo y se va al desierto

Entre los que van a hablar con Teófanos aparece un monje venido de algún desierto, de donde salió llevando consigo todos los silencios, de aquellas puestas de sol incandescentes, de aquellas montañas tostadas por el sol, o azotadas por un viento tremendo, de aquellas contemplaciones característicamente orientales, con aquellos ojos enormes que miran hacia un firmamento lindísimo mientras rezan. Ese monje sale de repente de su aislamiento, va a la ciudad y se encuentra a Teófanos.

Podemos imaginar la conversación de los dos:

– Teófanos, ¿de qué te sirve gozar de estas cosas de la tierra? Veo en ti que eres un hombre puro y Dios te llama para una pureza mayor, dejaste las delicias de la carne. Deja ¡oh Teófanos! los otros deleites, pues te aguardan maravillas mayores.

Y Teófanos pregunta

– Padre santo, ¿qué he de hacer?

– Id conmigo al desierto, donde los varones amados de Dios se separan de todo cuanto es del mundo para vivir exclusivamente en la familiaridad del Señor.

Entonces, Teófanos deja todo y se va al desierto. Eso es ambiente, eso es vida, eso es historia.

Después de hacer promesas de beneficios, el emperador lo amenaza

Años después, cuando León, el Armenio...

¡Qué lindo nombre para un emperador! Todas estas cosas en Constantinopla tienen otro aspecto. ¿Puede haber algo más banal que un hombre ser llamado León? ¿Hay algo más común que un hombre sea Armenio? Pero, “León, el Armenio”, Emperador de Constantinopla, es algo que sobrepasa de otras cosas por varios impondera-

bles. El Emperador León, el Armenio, que trae consigo los lujos y los misterios de Armenia al trono de Bizancio, ¡es algo mucho más evocativo!

Así continúa la ficha:

León, el Armenio, renovó las persecuciones a las sagradas imágenes...

Era la herejía de los iconoclastas, que destruían las imágenes en las iglesias, una forma ancestral de protestantismo y progresismo.

... Y supo que Teófanos gozaba de alta consideración entre los ortodoxos.

Ortodoxos* aquí tiene otro sentido; aún no se había dado el cisma.

Queriendo atraerlo a su causa, lo llamó a Constantinopla. Al llegar allí, recibió una carta del soberano: “Vuestras pacíficas disposiciones me hacen creer que vinisteis aquí para confirmar con vuestros votos mis opiniones sobre ese problema. Ése es – dicho sea de paso – el medio seguro de obtener mis favores y de conseguir para vos, vuestros parientes y monasterios, todas las gracias que están al alcance del emperador conceder...”

Por lo tanto, todas las que existen, pues el emperador de Constantinopla era omnipotente.

Si, por el contrario, os negáis a atender mis deseos, incurriréis en mi indignación y sentiréis todo su peso, vos y vuestros amigos.

Es bien claro el Armenio. En medio de frases amables deja subentendido el soborno o el castigo.

Echado en un calabozo

Teófanos, que nunca se había intimidado con promesas o amenazas, respondió de esta manera:

“Anciano y enfermo como estoy, tengo sumo cuidado de no ambicionar las cosas que desprecié por Jesucristo en mi juventud, cuando me era fácil gozar de las cosas del mundo”.

Linda respuesta. “¿Usted me ofrece lo que yo desdeñé cuando podía gozar? ¿Piensa comprarme con esas cosas, ahora que no estoy en edad de gozarlas?” Se ve cómo desprecia al Armenio...



Luis Samuel



Un aspecto de la Basílica de Santa Sofía en Constantinopla

En cuanto a mi monasterio y a mis amigos, coloco su suerte en las manos de Dios. En cuanto a lo demás, si pensáis asustarme con vuestras esperanzas como se asusta a un niño con las varas, os engaños; porque, aunque no tenga fuerzas para caminar y esté sujeto a numerosas otras enfermedades corporales, espero que Jesucristo me dará coraje de sufrir por su causa todos los suplicios a los cuales podríais condenarme”.

Todo queda dicho. Está acabado. O sea: “Sus sobornos no me interesan, sus amenazas no me hacen retroceder. Está listo su balance, ¡oh, León, ¡el Armenio!” Es todo un Teófanos quien lo hace, la manifesta-

ción de Dios a través de la boca de un hombre.

Encolerizado, el emperador envió a Teófanos a un calabozo, donde el santo permaneció dos años, sufriendo horribles privaciones. Un día llegaron a darle trescientos latigazos.

¡En un viejo enfermo!

Saliendo de la prisión, lo exilaron en Samotracia, donde murió el 12 de marzo del 817.

Aquí hemos acompañado la historia de San Teófanos, podríamos imaginar a Samotracia y a San Teófanos muriendo, tal vez debajo de una palmera, al aire libre, asistido solamente por un auxiliar. Pero en la hora en que murió,

una bola de fuego subió al cielo y en la ciudad vieron el fenómeno y comentaron: “Murió Teófanos, el virtuoso”, o algo en esa línea. Sería el cierre legendario y simétrico de esta historia. Con esto nos familiarizamos un poco con los esplendores peculiares que la Iglesia tuvo en Oriente. ♦

(Extraído de conferencia de 13/3/1971)

* Que sigue fielmente los principios de una doctrina o que cumple unas normas o prácticas tradicionales, generalizadas y aceptadas por la mayoría como las más adecuadas en un determinado ámbito (Nota del Editor).



Símbolo de la santidad, majestad y fuerza – II

Recorriendo el periplo que nos conduce de las realidades visibles a las invisibles, por medio de la bondad y belleza de las criaturas, llegamos a Dios, Nuestro Señor. Nada torna la vida tan agradable e interesante cuanto hacer este tipo de meditación.

Estamos lejos de analizar el león simplemente como un animal fuerte que domina a los otros. Lo consideramos, esto sí, como un ser de rara belleza, que expresa ciertos predicados intrínsecos de su naturaleza, entre los cuales un determinado tipo de fuerza y coraje.



Fuerza regia al servicio de la majestad

La fuerza posee todas las características del vigor al servicio de quién es rey. Es una fuerza regia, es decir, de quién tiene el derecho y la misión de mandar, posee la nobleza intrínseca de una superioridad de alma inherente a su ser, tiene un derecho normal a ocupar los cargos de mando y debe normalmente ocupar esos cargos. Y por causa de esto el león expresa la idea de la fuerza regia al servicio de una majestad regia y dominadora. El papel de la heráldica es exactamente pintarlo de un modo medio irreal, que exprese lo mejor de su realidad, de manera que se perciba más fácilmente que es un león de verdad.

El león es, en último análisis, el símbolo de la majestad, la cual incluye entre otras cosas, la fuerza. Es propio de la majestad ser suprema dentro del orden y de la ley, un ente supremo que funciona según el orden natural de las cosas y mantiene este orden. Lo adecuado de la ley es ser un dictamen de la razón, promulgado por la autoridad competente; esa es la definición de ley. Lo propio del rey, que es el autor de la ley, es de ser el auge del bien, el auge de la sabiduría, el auge de la justicia y el auge de la fuerza.

El león tiene exactamente lo siguiente: está en armonía con toda la naturaleza, una especie de obra prima de la naturaleza. Y, en cuanto tal, es verdaderamente regio porque es supremo en la buena línea, en el buen orden; supremo considerado como teniendo una fuerza que le asegura el ejercicio de la supremacía que le compete.

Un animal ordenador

De donde, entonces, existe un ideal de santidad ligado al concepto de león. Él representa lo que existe de santo en la dignidad regia. Porque lo que existe



Blasón de armas del Imperio austrohúngaro

de santo, de recto conforme al orden establecido por el Creador, de supremo, de excelente hecho por Dios, está representado por el león. De tal manera que, así como, por ejemplo, en la heráldica, tenemos águilas con aureolas de santos, podríamos tener un león con una aureola de santidad. Por el mismo título, y hasta a un título más alto. ¿Qué quiere decir la santidad de la majestad? La majestad es el poder supremo legítimo, y toda autoridad legítima en cuanto tal es santa. Es decir, fue instituida por Dios para un fin santo. Puedo hablar de la santidad de cualquier autoridad: por ejemplo, de un profesor dentro del aula. Según la propia expresión de la palabra “santo”, la autoridad del profesor sobre los alumnos emana del orden natural establecido por Dios. Y en cuanto querida por el Creador para un fin bueno aquella función es santa. En ese sentido la función de rey es aún más santa, porque es más alta, más noble; es la más alta de todas en la esfera temporal, por lo tanto, en cuanto tal, es la más santa de todas.

El resultado de eso es que, si yo supiere hacer una buena interpretación del león, deberé ver en él la ma-



Mathias Appel (CC3.0)



San Luis IX – Iglesia Nuestra Señora de la Gloria, Juiz de Fora, Brasil

jestad santa, por lo tanto, sabiduría santa por el discernimiento con que cumple su papel; fuerza santa porque está colocada al servicio de quién precisa mandar y para el establecimiento del orden que debe reinar. El león es un animal ordenador. Lo contrario de un chacal, por ejemplo, que saca los cadáveres de la tumba, los devora y deja toda la suciedad sobre la tierra.

Quién considera así la figura del león queda conociendo lo que es santidad, majestad y fuerza.

La convergencia de la teoría con lo concreto proporciona el conocimiento pleno

Alguien podría objetar que ese es un modo mediocre de conocer esos predicados. Mejor sería tomar un compendio de moral católica o una enciclopedia y ver la definición de majestad, santidad y fuerza. ¿Para qué toda esa explicación sobre el león? La definición abstracta es mucho más enriquecedora que la noción de león.

Yo digo: es indispensable tener las dos cosas. Para un completo conocimiento de lo que es la santidad, la majestad y la fuerza, es necesario conocer la definición y después ir al león y verificar cómo se le aplica esa definición. A mi ver, quién se contenta con apenas una de esas formas de conocimiento hace el papel de un hombre que dice lo siguiente: “Yo puedo perfectamente vender un ojo para un trasplante, porque con un solo ojo veo bien, me basta ver con un solo ojo”.

Ahora, aunque vea solo con un ojo, la visión completa se obtiene por la conjugación de los dos ojos. Es ahí que la noción completa de la cosa se establece. La convergencia de la noción teórica con la cosa concreta bien analizada da el conocimiento pleno. Nosotros no podemos contentarnos con una cosa o con otra. El espíritu integralmente formado quiere las dos cosas.

Un hombre que haya tenido la oportunidad de ir a un parque de leones y analizar tal atributo en un león, tal predicado en otro, tal actitud en un tercero, y después considerar el león heráldico como reuniendo todas las características vistas en los varios leones, y que sólo entonces confiera con la noción consignada en el diccionario, quedará con la idea completa e íntegra de la santidad, majestad y fuerza.

El león de Judá

Viendo las cosas así, una persona con una mentalidad bien constituida quedaría con el alma llena de reflexiones. En vez de poner fin al proceso intelectual, comenzaría a plantearse una pregunta: Si la santidad y la majestad son cualidades tan bellas, la santidad de una función es algo tan hermoso, si es tan espléndida la fuerza cuan-

do se pone al servicio de la majestad, ¿No hay otros seres en los que yo pueda considerar, para nutrir mi alma, mayor majestad, mayor fuerza, mayor santidad? Mi alma ya se extasía viendo esos atributos simbolizados en el león, pero yo quisiera ver más.

Viene entonces la conclusión: es necesario que en el hombre haya más majestad. Deben existir hombres que me den esa idea de un modo más perfecto que el león. ¿Qué hombres habrán sido?

La persona pasará entonces, a estudiar los hombres que fueron majestuosos en la Tierra como, por ejemplo, Carlomagno, San Luis IX. Y de majestad en majestad, llegará a Aquel que la Escritura calificó de León de Judá: Nuestro Señor Jesucristo.

Contempla el Santo Sudario de Turín y dice: “Ninguna majestad realizada por un hijo de hombre alcanzó la de aquel infortunio, de aquel dolor, de aquella esperanza y de aquel rechazo. “¡Aquella es la majestad de las majestades, la más alta de las majestades que la faz humana pueda expresar!”

Entonces, en su peregrinación por las majestades esa persona va a estudiar la figura de Nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio. Y, después de haber considerado la propia humanidad del Redentor, dirá: “Nuestro Señor Jesucristo en su humanidad, es Cuerpo y Alma. Sin embargo, yo veo apenas los reflejos del alma en el Cuerpo, no veo el Alma. ¡Que feliz sería yo si contemplase su Alma directamente! ¡Cómo vería mejor su majestad y santidad si yo pudiese ver su Alma, y no apenas su faz divina!

Y después todavía dirá más: “Su Alma es humana, y todo cuanto es humano es limitado. Debe haber algo infinitamente mayor que su alma humana, y que tiene una majestad, una santidad, y una fuerza que, estas sí, concebidas en último grado llenan completamente mi alma. Para contemplarlas yo seré capaz de todos los esfuerzos, todas las renunciaciones, todos los sacrificios. Es su naturaleza divina. Porque Dios es infinito, supremo, perfecto, Él tiene todo. Existe, por lo tanto, un Ser increado que fue el punto de partida de todas las cosas. Y que posee en un grado infinito aquello que yo comencé a considerar en el león de un modo finito.”

Meditación con su periplo total

En este punto los ojos se vuelven nuevamente para el león y la persona pasa a ver en él, en todos sus movimientos, en toda su sublimidad, reflejos creados de la naturaleza divina; un espejo de las perfecciones impensables e infinitas de Dios de las cuales, sin embargo, a cada movimiento del león se puede tener una cierta idea, porque, al contemplar aquello y preguntarse cómo sería en punto infinito, queda en el fondo del alma algo de indecible,



Père Igor (CC3.0)

Emperador Carlomagno – Iglesia Saint-Géraud, Cantal, Francia



objeto de una meditación propiamente religiosa y que le da verdadera apetencia del Cielo.

Esta es la fase religiosa de la meditación. Es un tipo de meditación característicamente de la cuarta vía de Santo Tomás de Aquino¹ que, a través de un ente creado, nos eleva hasta el Cielo, pero después nos hace volver a los entes creados para ir degustándolos como pre-libaciones del Paraíso, es la ocasión en que sentimos un ante-gozo del Cielo. Así llevamos la vida cercados de cosas palpables y visibles, siempre considerando las cosas impalpables, supremas e invisibles que ellas representan.

Entonces yo tengo al león, por encima suyo al rey, por encima del rey a los ángeles, por encima de los ángeles a Nuestra Señora, infinitamente por encima de Nuestra

Señora, a Nuestro Señor Jesucristo, y en Nuestro Señor Jesucristo tengo al propio Dios.

Es decir, de esta forma hago todo un circuito. Y comprendo perfectamente que en el Reino de María hubiera, por ejemplo, una iglesia consagrada a Nuestro Señor Jesucristo, donde existiera, quizás afuera, en la plaza pública, un león heráldico, escultura quizás fundida en oro, sobre cuya base estuviera escrito “Imagen del León de Judá”. Sé que esa escultura haría enojar a mucha gente, pero eso sería exactamente hacer una meditación con su periplo total.

La gracia de ver los imponderables de la Creación

Es propio de la naturaleza humana desear llevar una vida agradable sobre la Tierra. Yo les puedo garantizar que nada, en el sentido más estricto de la palabra, torna la vida tan agradable e interesante cuanto vivirla así. Un hombre que no vive de ese modo está para quién vive así, peor que un ciego en relación a quién ve normalmente. Pero mucho peor, no hay comparación.

Podríamos finalizar estas consideraciones con la siguiente súplica a Nuestra Señora:

Oh María, Esposa Inmaculada del Espíritu Santo, dadme la gracia de ver los imponderables de la Creación, de encantarme, maravillarme y extasiarme con ellos y de ser impelido así, por un amor desinteresado, a la contemplación de las perfecciones que el alma humana posee por la naturaleza y por la gracia.

Hacedme subir de esta consideración a la de la naturaleza angélica, puramente espiritual y por fin, a la de vuestro Divino Hijo que en su humanidad santísima es el ápice y la síntesis de toda la Creación. Hacedme enseñada, por un vuelo aún más vigoroso de desinterés, y encanto fijar mi mente en la consideración de la propia esencia divina, de la cual toda la Creación es imagen o semejanza, de manera que, analizando después las criaturas, pueda ante gozar el Cielo, preparándome así para entrar en él y allí alabaros por toda la eternidad. ❖

(Extraído de conferencia de 5/1/1973)

1)Cfr. *Suma Teológica* I, q. 2, a 3.

Archivo Revista



El Dr. Plinio en 1970



La Coronación de la Virgen - Museo del Louvre, París, Francia

Consorte del Trono de la Sabiduría y padre del León de Judá

*P*ara tener alguna noción del semblante de San José sería necesario deducir, a manera de suposición, el carácter de un hombre que estuvo a la altura de ser el padre de Aquel cuya Sagrada Faz está estampada en el Santo Sudario de Turín.

Es decir, el hombre que fue el educador, el guía, el protector del Señor de aquel rostro impreso en el Sudario; un hombre del mismo linaje, pariente y esposo de la Madre de Él. Concebir algo menos que eso es no tener idea de la figura extraordinaria de San José, modelo de fisonomía sapiencial, consorte de la sabiduría, del Espejo de Justicia, María Santísima. Modelo de fortaleza, padre del León de Judá, Nuestro Señor Jesucristo.

A este verdadero San José debemos elevar nuestras oraciones, rogándole que interceda por nosotros junto a la Virgen Santísima y a su Divino Hijo, y nos alcance la gracia de imitarlo en sus excelsas virtudes.

(Extraído de conferencia de 18/03/1967)